

11(44515) p6

SOCIEDAD PROFESORES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA

16

RÁPIDA MIRADA
al panorama de la obra
del primer preceptor
primario y escritor
didáctico

**DON JOSÉ BERNARDO
SUÁREZ**

(La Instrucción Primaria es la medida
de la civilización de un país.- DOMINGO
FAUSTINO SARMIENTO)

4936

Carlos Valdivia Castro

SANTIAGO DE CHILE — 1933



DON JOSÉ BERNARDO SUAREZ
(1822-1912)

*Al Magisterio Primario
de la República, muy
atentamente.*

C. V. C.

SOCIEDAD PROFESORES DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA

RÁPIDA MIRADA
al panorama de la obra
del primer preceptor
primario y escritor
didáctico

**DON JOSÉ BERNARDO
SUÁREZ**

(La Instrucción Primaria es la medida
de la civilización de un país.- DOMINGO
FAUSTINO SARMIENTO)

Carlos Valdivia Castro

SANTIAGO DE CHILE — 1933



Don José Bernardo Suárez y la Sociedad Profesores de Instrucción Primaria

De este noble educador de la niñez, de este talento organizador de la primera enseñanza en el país, de este incansable publicista que ilustró con profusión de obras la incipiente literatura didáctica chilena, la Sociedad Profesores de Instrucción Primaria reconoció tempranamente el mérito, y fué su deber sagrado el presentarlo a la consideración de las nuevas generaciones de maestros.

Fundada esta institución en 1903, siendo así la más antigua del gremio que existe en la República, inscribió en sus registros como miembro honorario, entre los de otros tres ilustres servidores del país, el nombre del primer discípulo de la primera Escuela Normal de Sud-América, del continuador de la obra fecunda de Sarmiento, del maestro del Héroe de Mayo, del que levantó sobre árido suelo el frontispicio de la escuela primaria chilena y nos dió a todos los que debíamos abrazar esta carrera, el más perdurable y cabal de los ejemplos (28 de Mayo de 1904).

En su honor, levantó la Sociedad un monumento vivo al crear la Escuela Nocturna para Obreros «José Bernardo Suárez», recordando que el maestro había sido cincuenta años atrás el iniciador de esta bella obra de educación y de redención popular, en la cual no sólo se enseña al que no sabe, sino que se ayuda, se sostiene y se aplaude a aquel crecido número de nuestros conciudadanos que, privados en la infancia de la luz

espiritual, anhelan—porque no es tarde todavía—integrarse a la vida plena de sus deberes y derechos para con la sociedad y con la Patria. La áurea medalla que entonces selló la institución, para prenderla en el pecho del ilustre anciano, no era sino un pálido reflejo de su vida dilatada de apóstol y maestro (1.º de Junio de 1907 y 10 de Mayo de 1908).

Y, cuando aquel roble casi centenario empezó a inclinarse hacia el regazo de la tierra—su madre y su maestra,— con solicitud y ternura de madre, nuestra Sociedad se acercó a su lecho de muerte y, por muchos días e interminables noches, pagó en nombre de la Patria la deuda singular de sus servicios.

Y sobre su tumba, en que le dió la eterna despedida, a nombre de la Dirección General de Instrucción Primaria, don Pedro N. Mardones, se levantó la sencilla elocuencia agradecida y sincera de Guillermo González, que en nombre de la Sociedad hizo el elogio del maestro y entibió con las siemprevivas del recuerdo las cenizas venerandas de su viejo preceptor (29 de Mayo de 1912).

Hoy que la Sociedad auspicia la publicación de un estudio biográfico que, con verdadero afecto y admiración al gran maestro, ha trazado una hábil pluma, se levanta del fondo del pasado una figura que ha de servir de ejemplo y guía a las nuevas generaciones de los educadores de Chile. Sólo que al hacerlo, la Sociedad Profesores de Instrucción Primaria no lo honra, sino que se dignifica a sí misma, repitiendo mentalmente la inscripción que los antiguos griegos esculpieron en la tumba del más insigne de sus trágicos: *«Este monumento no te hace célebre ¡oh Eurípides! Eres tú quien hace célebre este monumento»*.

*El Directorio de la Sociedad Profesores
de Instrucción Primaria.*



LA BIOGRAFÍA

Un autor ha dicho: «Los estudios biográficos pertenecen a la ciencia filológica y sirven de base a la historia misma».

«La biografía constituye por sí sola una escuela literaria, porque a ella se debe el conocimiento de los genios, de las épocas y los pueblos más remotos y más cultos».

Se sostiene que la biografía principió con el filósofo e historiador de Beocia, Plutarco, quien escribió «Las vidas paralelas» que hasta hoy sirve de texto de consulta cuando los investigadores desean conocer la vida, doctrinas y obras de los grandes hombres de Roma y Grecia de su tiempo.

Los estudios biográficos son lecciones que enseñan y estimulan a la juventud. De ellos se desprende la civilización del pasado, los ideales que la impulsaron y las inteligencias en las cuales germinaron nobles y maravillosas iniciativas, que les dieron fuerzas creadoras y realidades tangibles para el bien de los pueblos.

Estos estudios se dividen en tres partes: historia, biografía y diccionarios.

* * *

Si la vida es un proceso continuo de su razón de ser y de sus manifestaciones, y estas obedecen a leyes de ética y de física, sería imperdonable privarse de estos documentos; el no escribirlos acusaría una falta de conocimiento de la importancia que tienen.

Las generaciones necesitan de estos exponentes a fin de orientar por senderos seguros sus actividades.

Desde Lastarria hasta Figueroa (don Pedro Pablo) parece que su desarrollo se intensificó con laudable empeño; después no se ha hecho mucho que pudiera creerse que era una valiosa continuación de esta materia.

Ojalá me equivocara. Porque soy un convencido de que libros de esta naturaleza se necesitan muchos en nuestras bibliotecas. Nuestro país es un venero riquísimo para estos temas.

Así he pensado al escribir, concisamente, parte de la labor de uno de los más activos educadores y publicistas que tuvo Chile en el siglo pasado, con más de medio siglo de trabajo tesoneramente ejecutado, trazó una senda de prolongación indefinida en bien de la dignificación del magisterio y por el perfeccionamiento de los sistemas de la enseñanza primaria, iluminándola con las luces de su talento: don José Bernardo Suárez.

Nació este hombre extraordinario, en Santiago, el 20 de Agosto de 1822.

Inició su educación en una escuela particular de primeras letras. Allí, con el palote y el Catón despertó su vocación por la carrera humilde y transcendental del preceptor.

A los catorce años ingresó al Colegio de las Mercedes, después al de San Francisco, en los que cursó sus estudios de humanidades. A los dieciocho años pasó al Ejército Cívico, en donde alcanzó el grado de oficial.

Los biografistas de su tiempo no dan otros datos de los años de su adolescencia, lo que es de lamentar, pues, así no podemos estudiar el desarrollo después magnífico y fecundo de su amor al estudio y de su mente creadora. Pero se puede suponer que su niñez ha sido la actitud profunda en que reconcentran todo su ser los viajeros de distancias dilatadas, y que, provistos de brújula, buscan su horizonte, el guía seguro para llegar feliz a su destino.

El principio de su labor

La llegada a Chile del preceptor argentino don Domingo Faustino Sarmiento, quien, anheloso de proseguir la tarea interrumpida por los sucesos políticos de su patria, las reinició con la fundación de la Escuela Normal de Preceptores el 14 de Junio de 1842, no sin antes haber predicado sus doctrinas en la prensa capitalina con admirable precisión pedagógica. Porque él pensaba que: «La profesión de la enseñanza primaria requiere tanta o mayor preparación, como ninguna otra. Los preceptores son humildes instrumentos de producir a la larga maravillosas transformaciones de la Sociedad».

Don José Bernardo Suárez cumplía a la sazón veinte años. Ingresó al primer curso, obteniendo al final de un año, después de exámenes brillantes, el diploma ambicionado. La suprema aspiración se realizaba.

Inmediatamente fué nombrado Inspector del Liceo de San Felipe, y Director, después, de la Escuela Municipal anexa a ese Establecimiento, desde cuyos puestos pensó en la dignificación de su profesión. Para esto consideró que era necesario trabajar por prestigiarla y hacerla estimar en el concepto público.

La modernización de la enseñanza, para la formación integral de ciudadanos libres, la consideró indispensable. No aceptó el lema afrentoso del antiguo institutor: «La letra con sangre entra».

Juan Jacobo Rousseau y Juan Enrique Pestalozzi, lo hicieron, el primero con su libro «Como Gertrudis enseña a sus hijos»; y el segundo con «Emilio», un escritor didáctico.

Investigador de selección, podría asegurarse que todos los sistemas educacionales que principiaron a surgir desde el siglo XVI, del Renacimiento, hasta el siglo

que tan noblemente viviera, pasaron por su análisis sereno y bien intencionado.

Del «Emilio» de Rousseau, la obra más célebre y combatida del sabio ginebrino, decía: «Todas las reglas que da y que se refieren a la educación intelectual del niño, son excelentes, mas, no sucede lo mismo con las relativas a la educación moral, en que es preciso mirar sus consejos con mucha desconfianza.»

Esta opinión sugiere la idea de que el maestro, aún, admirando una tendencia, no se entregaba a ella con pasión, ni porque ella no le concordara plenamente, dejara de reconocer lo bueno y útil que tuviera.

Su sabiduría la iba consiguiendo honradamente, con la inteligente curiosidad—muy propia de su espíritu de apóstol—de leerlo todo, de saberlo todo.

Así transformaba su cerebro en un laboratorio. En «El Guía del Preceptor Primario y del Visitador de Escuelas», que a mi juicio es su obra monumental, encontramos esta opinión:

«Aún suponiendo que un preceptor no tuviera a su cargo la obligación de *educar*, siempre le sería indispensable conocer las facultades del alma y las leyes de su desarrollo, para acomodar las lecciones a la comprensión de los alumnos, especialmente siendo niños.»

Como Juvenal, (poeta latino del siglo I) sentía reverencia por el niño, y él era su preocupación constante.

En la misma obra citada agrega:

«La importancia de la educación de la niñez se ha reconocido en todas las épocas del mundo, y los hombres más eminentes de cada siglo, convencidos de la necesidad de su estudio, se han dedicado a él en cuanto ha sido compatible con sus trabajos ordinarios, legándonos máximas y reflexiones tan prudentes y acertadas sobre este asunto, que todavía nos sirven de guía en la dirección de la infancia».

Y, refiriéndose a la animosidad que sentía por el

guante y el azote, que con su regocijo abolió el Presidente don Aníbal Pinto, en este libro orientador relata un pasaje emocionante de la obra «La madre de familia» de Juan S. C. Abad de Wossester, de Norte-América, con el cual deseaba convencer, que si el azote vence lo testarudo de un niño, en cambio endurece su corazón, embota su inteligencia, lo hace rudo y cruel en sus acciones, lo aleja de la persuasión, de la dulzura, de la verdad y del amor.

Tenía razón el maestro. El niño no es un ser que pueda clasificar sus pensamientos; no tiene la facultad de apreciar el valor de los sentimientos y de los caracteres. Para el adolescente muchas veces la dulzura puede constituir un motivo de capricho, como el dolor de un azote puede hacerlo obedecer, y hasta la palabra obscena puede hacerlo vivir momentos de alegría.

Pero, ¿quién puede responder de lo que se ha sembrado en este embrión de hombre? Hé aquí por qué daba a los sistemas que recomiendan la persuasión, la espontaneidad y la vocación, una importancia fundamental. Comulgaba con las proyecciones del pensamiento de Séneca: «No se trabaja para la Escuela, sino para la vida».

En sus obras—todas de carácter educacional—se coloca en el centro de las doctrinas de Pestalozzi y Fröebel, para ordenarlas a una conciencia más directa con el respeto ejemplarizador del superior, en la que interviniéran los padres, a fin de que la instrucción y educación que los niños recibieran en la escuela no las destruyera el hogar, según los deseos bien fundados y muy humanos del prusiano Augusto Germán Niemeyer.

Fué de su época (Un paréntesis).

Con una especie de fatalismo, en todas las épocas se ha aplicado a los hombres de ciencia, a los que han

implantado con su ingenio, con su abnegación y con su esfuerzo el progreso del mundo, este concepto del filósofo de Chatenay, Voltaire: «Hay ciertos hombres que no son de su siglo ni de su país».

Nó! Este concepto desaira los propósitos de los luchadores de la causa perfeccionadora de la humanidad. Nadie se adelanta a su tiempo. Un proceso que no sé determinar, hace a los hombres cumplir su destino, el destino de seguir la tarea que otros iniciaron—cuando ésta obedece a las leyes de la evolución que son eternas—mandato de su esencia, principio que impone la obligación de seguir la correlación infinita de su historia. Unos lo llaman inmortalidad. Nuestro gran Francisco Bilbao lo llamó «Ley de la historia».

En algunas líneas, procuraré indicar que en nuestro educador se cumplía esta aserción.

Uno de los grandes reformadores de la enseñanza primaria, Pestalozzi, nació en Zurich (Suiza) en 1745 y falleció en 1827, cuando don José Bernardo Suárez cumplía cinco años de edad.

Si hubiera profundizado las teorías teosóficas de Pascal, aseguraría en comentario amplio que su gran espíritu se reencarnaba en este niño, que, como veremos, fué uno de sus entusiastas discípulos.

Entre el preceptor chileno y el orientador suizo existe una analogía de apreciación sorprendente, seguida de un propósito firme que lo animó toda su vida. El fundador de la Escuela de Stanz, en carta escrita el día de año nuevo en 1801, cuenta:

«Vivía todo el año en compañía de más de cincuenta niños, hijos de pordioseros; en la pobreza compartía mi pan con ellos y vivía yo como mendigo para enseñar a mendigos a vivir como hombres. Mi ideal de la educación de esos niños, comprendía la agricultura, la industria y el comercio»

Suárez, setenta y seis años después, en la «Revista de Instrucción Primaria», de la cual era uno de sus redactores, en editoriales y artículos de fondo reafirmaba este ideal: «Devolver a la sociedad humana, a los que hubieran nacido al margen de ella por causa de la miseria y vicios de sus progenitores».

En su «Efemérides concerniente a la Instrucción Pública, a las ciencias y a las letras en Chile», en un acápite muy importante le da más consistencia:

«Todos sabemos que sin buena instrucción, las artes no prosperan, la agricultura es mera rutina y la industria no adquiere su desarrollo».

Es indispensable dar al niño un oficio con que hacer frente dignamente a la vida. Porque la vida productora de un país necesita obreros capaces, preparados científicamente, a fin de que sus fuerzas resulten eficientes al progreso económico que se desee. No olvida el principio moral de la cultura. Lo coloca en línea paralela. Y esto se consigue desde la Escuela, y debe principiarse desde la infancia.

Cumplía su destino de procurarle a su patria y a su pueblo los medios de afianzar su existencia en camino ascendente.

Perteneció a su siglo y a su país, por la ley inviolable de la evolución.

Como debe ser la Escuela.— Sigamos...

Don Manuel Montt decretó, en 1852, la fundación del «Monitor de las Escuelas Primarias», encargando su dirección a Sarmiento.

Su primer número apareció el 15 de Agosto del mismo año. Don José Bernardo Suárez, desempeñaba el puesto de Visitador de Escuelas Primarias de la Provincia de Santiago.

Sus informes, presentados a la Dirección General,

eran luminosos. Constituían verdaderos programas, en cuyos textos corregía deficiencias y presentaba conclusiones.

Este párrafo ilustrará su importancia:

«En cuanto a la ciudad, creo que el mal irá disminuyendo a medida que las Escuelas mejoren, porque cuando la Escuela es buena, el niño aprende, y cuando el niño aprende, se complace de ello y gusta de asistir; mas todo lo contrario sucede cuando la Escuela es para él la tumba en que va a sepultarse: llora, se finge enfermo y hace lo posible por no asistir.»

La Escuela estrecha le parecía una cárcel, donde se marchitaban todas las bellas lozanías de la niñez. El niño, como la planta, obedece a leyes de física; en cuanto a su estructura material y su estructura moral le sigue armónicamente. Para que estas dos fuerzas tengan solidez, poder constructivo, necesita lo que llamaré horizontes amplios, ambientes puros; aire, sol, vida libre de paredes sin vibración y de casitas como ratoneras o refugios primitivos.

Los educadores de hoy están con la glosa anterior y ya era el pensamiento centenar de veces manifestado por el gran educador de ayer.

Bibliotecas escolares

Siguiendo su pauta, motivo de sus preocupaciones fué también la fundación de las Bibliotecas Escolares. El niño debe armonizar sus estudios con lecturas agradables e ingeniosas, de instructiva fantasía. Su imaginación debe elevarse por estos elementos a mundos abstractos, a puntos desconocidos. En esta forma despierta el afán de las investigaciones, la facultad del análisis, el deseo de trabajar por conocer la verdad,

La vida tiene misterios descifrables para las inteligencias geniales. Las lecturas las despierta a descifrar-

los y a beneficiar sus bondades. ¿No sería posible pensar que la lectura dió al mundo el genio creador de Tomás Alba Edison?

Fundó las Bibliotecas Escolares, escribió textos para sus estantes, a la vez seleccionó las obras que los niños pudieran leer.

De estos libros anotaremos dos de importancia. «El Pequeño Plutarco» es un resumen biográfico de la vida de muchos sabios de la antigüedad. Por sus páginas pasan las figuras de Plutarco, Arquímedes, Aristóteles, Alejandro, Bruto, Cicerón, Catulo, Calígula, Demóstenes, Homero, Hipócrates, Licurgo, etc. También muchos de nuestros prohombres de Chile y de América.

En este libro encontramos dos máximas ennoblecedoras que copiamos:

«La felicidad consiste en ser buen padre, buen amigo, buen ciudadano.—*Sócrates*».

«Conócete a tí mismo.—*Tales*».

La última fué grabada en el templo de Apolo.

De este libro, don Gregorio Víctor Amunátegui, en un informe presentado al decano de la Facultad de Humanidades, don Salvador Sanfuentes, en 1859, decía:

«Ha llenado el objeto que se ha propuesto al escribir el resumen cuyo exámen se me ha confiado. Los hechos que refiere son exactos y el estilo que emplea es claro y correcto.»

Sigue «El tesoro de las Niñas», que el Rector de la Universidad de ese entonces, don Andrés Bello, aprobó como texto de lectura en las escuelas.

En este libro, especie de Crestomatía, encontramos las firmas de muchos de nuestros escritores, tales como Guillermo Blest Gana, Rosario Orrego, Daniel Barros Grez, Andrés Bello, Mercedes Marín del Solar.

En esta forma afianzaba la misión que estaban llamadas a cumplir estas Bibliotecas.

Maestro de héroe.

Dedicaré párrafos especiales para dejar constancia en esta «Rápida mirada», de dos hechos que agigantan aún más el valer moral de su ejemplar vida de maestro.

En el primero era director de la Escuela «La Campana», hoy Escuela Santa María, ubicada en la antigua acequia grande, hoy Avenida 10 de Julio esquina de Nataniel.

Llegaba a sus aulas un niño sencillo, de perfiles anunciadores de energía y bondad. Venía de un pueblecito de la provincia de Maule (antigua), la tierra del autor del «Compendio de la Historia Natural y Civil de Chile», don Juan Ignacio Molina. Don José Bernardo Suárez, lo recibe con cariñoso interés. Fué el primero en la clase. Sus lecciones fueron por él escuchadas con la atención de un devoto en el templo de Dios.

Se retira cuando ya allí no tiene más que aprender. Va a Valparaíso a seguir estudios superiores. El primer ejemplo dilata sus horizontes y sus pasos lejos de su primera Escuela van marcando triunfos.

En una mañana, el 21 de Mayo de 1879, en la rada de Iquique, se transforma en el héroe de nuestras glorias navales: Arturo Prat.

¡Cómo se ilumina la memoria del maestro, con la gloria del discípulo predilecto!

Porque él se lo había dicho: «El deber del patriotismo es el supremo deber».

Maestro de historiador.

El segundo hecho se refiere siendo profesor del Liceo Santiago, de don José María Núñez, en 1846.

Allí desempeñaba su cátedra cuando recibió el en-

cargo de enseñar a un niño, que traía toda la arrogancia aristocrática de una estirpe selecta, llena de virtudes extraordinarias, que habían dado al nacimiento de la República un acervo de talento, de patriotismo y de fortuna. Este niño fué más tarde un escritor brillante, que ocupando altos puestos en la ciudad de su nacimiento, Santiago, le brindó el hermosteamiento de su cerro, (el Huelén, hoy el Santa Lucía) el texto de su historia y defendió con su pluma y con su palabra en momentos difíciles de la vida nacional, la integridad de su territorio, pregonando en propia y extrañas tierras el patriotismo y virilidad de la raza: Benjamín Vicuña Mackenna.

Ante tanto prestigio, ante tanta gloria, el educador no envanece su cabeza de sabio ni se infla la humildad de su corazón. Sigue con igual abnegación modelando personalidades, abriendo surcos, sembrando limpia y sana la semilla, para que fructificara en igual forma.

Sócrates no habría rehuído su compañía y Platón le habría dado un lugar en su Escuela de Perfección.

Por la educación obrera.

Nombrado Visitador de las Escuelas de Valparaíso, 1850, después de estudiar la situación de las Escuelas de su jurisdicción, comprende que el analfabetismo consume muchas iniciativas, destruye muchos sentimientos nobles y lleva al abismo de la delincuencia a muchas vidas útiles. El estado amoral, la ignorancia, los vicios de una gran parte de la clase obrera, lo conmueven. Considera su deber ayudar a interceptar siquiera el paso del terrible monstruo, que ha hecho sus súbditos a centenares de esforzados hijos del taller y de la fábrica, no obstante sus anhelos de saber, de salvarse por el abecedario redentor. Funda la Escuela Nocturna para Obreros.

Distinguido por tres naciones de América

En el promedio de esta labor, que por su intensidad,

por el carácter múltiple que tiene, es imposible seguir en su orden cronológico, y cuyo engranaje va elevándose a la manera de una máquina rotativa, para dar mayor impulso, mayor eficiencia, encontramos a don José Bernardo Suárez, especialmente distinguido por tres naciones de América.

Recordamos la actuación que tuvo para Uruguay, en Norte América, el mártir de la Independencia cubana, José Martí, cuya nación le confió la representación de sus intereses y de sus prestigios.

La patria de Artigas, buscaba en las naciones hermanas a los hombres más meritorios, a los ciudadanos de ejemplar probidad, a los privilegiados del valor y de la ciencia, y les confiaba la representación de su sentir: ora en el campo protocolar de la diplomacia, ora en el amplio de los negocios, como en las asambleas en donde la voz del estudio y del talento hicieran oír su elocuencia y sus doctrinas.

En 1884, se celebró en Argentina la Convención Latino Americana, promovida por Sarmiento.

Don José Bernardo Suárez, llevó la representación del magisterio de la pequeña gran nación oriental.

* * *

«El Guía del Preceptor Primario y del Visitador de Escuelas» fué adoptado como texto para la Universidad de Buenos Aires por el Gobierno argentino en 1868. El decreto respectivo lleva la firma del Presidente don Domingo Faustino Sarmiento y del Ministro don Nicolás Avellaneda, del cual copiamos un acápite que honra a nuestro educador:

«Que este libro, según el juicio de personas competentes consultadas al efecto, es uno de los mejores tratados de pedagogía que hayan escrito hasta hoy en esta parte de América».

Algunos de sus libros fueron premiados en certámenes en el Brasil y otros editados en París.

Los estadistas y educadores más grandes de su tiempo fueron sus amigos. Sus estudios publicados en Chile, en las revistas de educación, eran reproducidos en revistas del mismo carácter en otros países.

Su personalidad estaba rodeada de la estimación universal.

No creó sistemas

No fundó una Escuela determinada para la instrucción de los niños. No impuso ninguna doctrina. No creó sistemas. Los estudió todos, los expuso a la consideración de las autoridades del ramo, los dió a conocer a sus conciudadanos. Trabajó porque los mejores, los trabajadores, los inteligentes, los estudiosos, los que tuvieran las convicciones del sacerdocio, tuvieran influencia en nuestras Escuelas, de acuerdo con nuestra sicología, clima, idiosincrasia.

Cuando pensaba en el bien de sus semejantes, su entusiasmo reanimaba su fervor. No le importaba su pobreza franciscana ni que su labor fuera superior a sus fuerzas. Iba de aquí, allá, hasta conseguir su objeto.

Socio honorario

En esta rápida mirada hecha al panorama de esta labor tan robusta de esfuerzo y de estudio del maestro, que sólo cuando la vejez le impidió trabajar, después de servir a su apostolado cincuenta y seis años, aceptó la jubilación, no por esto dejó de servir a la instrucción, la predilección afortunada de toda su vida; pues la Sociedad de Instrucción Primaria lo siguió contando entre sus miembros trabajadores, aún cuando a propuesta del egregio poeta don Guillermo Matta, ya le había concedido por sus servicios, el título de socio honorario, pasará por

muchas de sus obras, anécdotas y actividades, que constituirán un valioso texto de miles de páginas, permitiéndome dejar esta grata labor a los que con más autoridad deberán hacerlo, pues ella requiere estudio profundo, técnica, conocimiento completo de la misión del magisterio, que yo no me siento capaz de hacer.

Que este pequeño estudio sirva de invitación a trabajar porque esa obra se escriba. Con este fin menciono algunos de los valiosos libros que don José Bernardo Suárez, escribiera, y los años en que ellos fueron publicados:

1847.—La Aritmética de los niños.— 1848.—Elementos de Geografía descriptiva.— 1863.—Hombres notables de Chile.— 1869.—Legislación Escolar.— 1870.—Pequeño Plutarco, o sea resúmen biográfico de los hombres célebres de la antigüedad.— 1871.—Mujeres célebres de América.— 1872.—Plutarco del artista Americano. Tesoro Americano de Bellas Artes.— 1873.—Niños célebres.— 1875.—Manual del ciudadano. Lecciones elementales del derecho constitucional chileno.— 1877.—Recreo del soldado chileno.— 1880.—Nociones elementales del gobierno republicano.— 1882.—Lecciones elementales del derecho constitucional chileno.— 1883.—Compendio de los principios del derecho internacional de don Andrés Bello.— 1886.—*Guía del Preceptor Primario y del visitador de Escuelas*.— 1887.—El Tesoro de las niñas.— 1900.—Compendio de moral y urbanidad. Además se encontrarán interesantes estudios en las revistas «Monitor de las Escuelas Primarias», y «Revista de Instrucción Primaria»

A la eternidad, su gloria.

Con el prestigio del sabio y del justo, cerró sus ojos a la eternidad, su gloria, el 28 de Mayo de 1912, cuando recién cumplía noventa años. A sus funerales asistió el magisterio, la Sociedad y el pueblo.

Al exhumarse sus restos se pronunciaron sentidas

oraciones, las palabras del respeto, del cariño y de la gratitud, entre cuyos pensamientos emocionantes está este del ilustre Doctor Carlos Fernández Peña, que seguramente recibió su espíritu ya en la inmortalidad:

«Comprendió a Dios, buscando la aureola de la santidad en lo que está más lleno de Él: la mujer y el niño.»

